

Construir la memoria del conflicto en Colombia

A propósito del libro *Historias No Oficiales de Guerra y Paz* de Luis Fernando Barón Porras*

Por Daniel Guillermo Valencia N.**

*La gente va muy bien para enjugar las lágrimas.
Para darse un abrazo y entrar en calor.
La gente va muy bien para vencer obstáculos,
para darnos sorpresas,
recobrar la memoria
y emplear la cabeza.
Para cambiar la historia
y unidos buscar el camino que lleva al Edén*

Joan Manuel Serrat

La lectura del trabajo de Luis Fernando Barón, *Historias No Oficiales de Guerra y Paz*, me devolvió hacia mediados de los años ochenta cuando empezaron a aparecer los estudios contemporáneos sobre la violencia en Colombia, en un momento en que el conflicto cobraba (como lo hace cíclicamente) un nivel de intensidad desproporcionado lo cual, para entonces, e igual que ahora, nos dejaba perplejos por las acciones de los diferentes actores (los armados y los desarmados) y las inusitadas direcciones que tomaba la guerra.

* Barón Porras, Luis Fernando, 2006, *Historias No Oficiales de Guerra y Paz*, Bogotá, Cinep.

** Profesor de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Externado de Colombia.

El paso del tiempo y ese carácter indisoluble que aparenta el conflicto armado en Colombia se encargan de desgastar las palabras con que intentamos explicar la guerra endémica y la esquiva paz, obligándonos a buscar nuevas versiones que les narren, además que nos devuelvan la posibilidad de reflexionar sobre tales fenómenos, de paso, permitiéndonos recuperar el valor que tiene la palabra hablada en una sociedad que vive y muere atravesada por un conflicto entre armados, aunque también entre desarmados, y que se nutre de una perversa lógica identificada por Luis Fernando Barón como *Silencio/Miedo/Olvido*.

El primer y más caro valor que encuentro en el trabajo de investigación y en la publicación que hoy presentan Luis Fernando, el Cinep y Colciencias, es que se nutre y se debe al ejercicio paciente, atento, y acucioso de ir a la escucha de lo que dice la gente. En el prólogo del libro, Mauricio Archila anota que el trabajo de este autor se puede inscribir como una respuesta al llamado que hizo, en el 2003, el historiador Gonzalo Sánchez acerca de la importancia que reviste el hecho de que la academia se ocupe de construir la memoria del conflicto en Colombia y, así, le contribuya y permita a la política hacer lo suyo para la terminación de la guerra.

Converge ese llamado con el que hizo hace dos largas décadas Jesús Martín Barbero, en uno de sus escritos digamos que inaugurales sobre los nuevos problemas y métodos del campo de estudios de la comunicación donde afirmaba con vehemencia:

“...hemos tenido que perder la seguridad que nos daba la semiología o la psicología, o la teoría de la información, para que nos encontráramos a la intemperie, sin dogmas, sin falsas seguridades y sólo entonces empezáramos a comprender que lo que es comunicación en América Latina no nos lo puede decir ni la misma semiología, ni la teoría de la información, no nos lo puede decir sino la puesta a la escucha de cómo vive la gente la comunicación, de cómo se comunica la gente”.

En el marco de esos dos llamados ubico el trabajo de Luis Fernando, para comprender el título mismo de la obra: *Historias no oficiales*, que es por donde arribo al segundo valor que le abono al trabajo, entre otros muchos, tal es el cuidado y la sencillez con que el autor confronta la *Historia Oficial* narrada por los medios y la narrada por los académicos, con la *historia no oficial* de las gentes. El cuidado y la sencillez no son forzados, ni con ello intenta el autor quedar bien con unos y otros, sino que unos y otros (en este caso las gentes) se sientan bien cuando cada cual, en legítimo derecho, deseen escuchar y ser escuchados en cuanto a sus relatos sobre la guerra y la paz.

No quiero caer en lugar común y facilista (esto, de suyo, es redundante) de pretender descalificar los relatos que sobre la guerra y la paz se producen en la academia y en los medios de comunicación masiva, señalándoles de *Historia Oficial* al hacer del concepto un adjetivo. No. *La Historia Oficial* cumple la función de ministrar una liturgia que la sociedad le ha confiado a la academia y a las industrias de la información: construir los relatos del acontecer y desarrollar el conocimiento teórico y científico acerca de ese acontecer.

Lo que quiero resaltar es que las historias no oficiales, aunque no son litúrgicas, sí pueden ayudar a ministrar la palabra, la comunicación y la construcción de la memoria colectiva de los pueblos, la cual felizmente no se deja atrapar en boca de periodistas y académicos aunque éstos así lo pretendan y prefieran creer. Además, las gentes no están interesadas en rebatir la *Historia Oficial*. Les interesa simplemente construir su memoria narrándose ellas mismas para sobrevivir a la guerra; tengamos por seguro que en las gentes hay más sencillez, aunque miedo y olvido (como lo advierte Luis Fernando a lo largo de su investigación), para atender la voz de los académicos y los periodistas, aunque mal paguen ellos (parafraseando al cantor), cuando califican sus relatos de pura doxa.

Por eso afirmo que el trabajo de Luis Fernando es sugestivo, y agarra al lector, al no caer en sensiblerías con las gentes y sus relatos para con ello descalificar las versiones de la *Historia Oficial* en Colombia, sino que propone y logra

establecer un diálogo entre los dos actores que podrá darnos mayores luces para comprender este conflicto que él, acertadamente, llama, confuso e irracional. El contenido del trabajo (me refiero a las entrevistas) es sufrido, doloroso, cargado de cruda realidad, por ello cruel, pero adornado de belleza. Transitan por él múltiples voces de actores anónimos, silenciosos y olvidadizos, pero que no olvidan mantener y alimentar un relato que les recuerde constantemente la paradoja que es vivir careando y hasta esquivando todos los días la muerte, en las veredas, esquinas, calles, avenidas, y parques, del territorio nacional, o escenificada en los transistores radiales, las pantallas de la televisión y las fotografías que retratan el dolor de los demás (como diría Susan Sontag), dolor que a veces se convierte en nuestro y otras es tan sólo un espectáculo, pero siempre percibiendo que la muerte va y viene impúdica entre la belleza exuberante de la geografía, de los recursos naturales, del calor de las gentes, de la alegría y del buen humor con el que le damos cara a la vida.

Estas *historias no oficiales* nunca serán masivas en su cobertura, pero son las historias que, en contravía del coro oficial (académico y mediático), persisten en entender la guerra ligada a la marginalidad, la desigualdad y la pobreza, aunque atrapadas en la versión romántica (que incluso ya hizo carrera entre destacados intelectuales) que la guerra es contra la sociedad, contra el pueblo, idea que termina quitándole rostro y nombre a la violencia y sólo sirve para construir relatos que contribuyen a viciar más la cultura política colombiana, donde las víctimas no tienen agencia política y donde las acciones colectivas son sustituidas por la rabia espontánea, las expresiones masivas gregarias o la indiferencia.

Invito a leer y a estudiar el libro de Luis Fernando Barón, entre otros, por un tercer valor que contiene: la honestidad intelectual del autor al advertir desde el comienzo, las limitantes de su investigación y lo que nos queda debiendo el estudio, convertidas en interrogantes que provocan a tomar la pluma que el autor deja suspendida sobre la última hoja del trabajo, para que los estudiosos de la economía, la historia, la antropología, la sociología o la comunicación, nos despojemos de los prejuicios que nos alejan de las gentes, nos privan de las sorpresas con que éstas asaltan, y nos impiden alcanzar a comprender

la poética de las historias no oficiales que sacuden el alma y la mente con expresiones tan dolorosas y profundas como la de Nidia, uno de las personas entrevistadas por el autor, quien ante lo absurdo de la violencia y lo esquivo de la paz en Colombia, exclama: “*Que se muera la muerte*”.

Bogotá, 20 de abril de 2007